EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"

REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 29 DE JUNIO DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 88

En la Democracia del Norte

El bueno de Wilson, tan democrático, tan inteligente, tan amigo de la libertad, ha pedido al Capitolio de Washington una ley de expulsión para los anarquistas extranjeros. Bueno, buenísimo. Temibles serán para el gobierno del Norte, nuestros camaradas; trabajarán fuerte contra la guerra y, de ahí, la fiebre persecutora que se ha desencadenado contra ellos, el odio de los sicarios y de sus amos los capitalistas. Brillante paradoja esta; para combatir el militarismo alemán, se impone garrote en mano, el militarismo americano; y se impone con sanciones violentas tales, como una penalidad de *cincuenta años* de prisión a quienes se nieguen a ser soldados o en alguna forma se manifiesten desdeñosos para el uniforme. ¡Valientes los hombres!..

Faltaba perseguir a los anarquistas extranjeros, y ya puede hacerse al amparo de la ley.

Norte América, es una democracia, la más avanzada del mundo suponen muchos, por los discursos que, ni corto ni perezoso, le endilgó el viejo Wilson al mundo. Pero, ya van cayendo los retazos de cartón con que se había emparchado la careta: máscara de avanzados y demócratas, tan vieja como la humanidad, que usan todos los gobernantes...

No hay esperanza de tolerancia ni de sensatez en ningun gobernante; todo, todo resulta al final, pura hipocresía, puro politiquerismo de ocasión, libertad en palabras bien dichas y nada más.

América del Setemtrión, es actualmente el teatro de la caza al anarquista, tal como la hemos conocido en otro tiempo en Buenos Aires, cuando los anarquistas eran temidos.

Nosotros protestamos. Lejos y todo, nos queda siquiera un derecho, el derecho del pataleo.

Conceptos fuertes

«Muchos dicen que el interés del individuo y los de la sociedad son comunes. Nosotros, los del individuo contra el Estado, no lo creemos así».
Pío Baroja.—Juventud, Egolatría.

Y tiene razón Baroja; y tiene mucha, tanta, que sirve para tirársela por la cabeza a quienes están poniendo al hombre tan cargado de obligaciones sociales, fajándolo con tanta papiro viejo en forma de leyes, que nos resulta desconocido por lo liado, por lo atadito que se nos presenta, por lo bien criado y obediente.

Demasiadas leyes decía Spencer, demasiadas normas, reglamentos, sistemas de vida, determinismos artificiales nos pesan encima; como si la misión de toda la vida de ciertos hombres, fuera construir chalecos de fuerza para los demás, juzgando que, ellos solitos son cuerdos, previsores, sabios y buenos.

Estamos cansados de leyes, de sociedad, de Estado, de religión, de costumbres, hasta los pelos. Queremos el hombre independiente, persona decente o pícaro—no ponemos medida de moralidad—pero libre de hacer el mal o el bien, de recibir un abrazo cariñoso por un acto noble, o un estacazo de aquellos de no te muevas más, si nos juega a la felonía y nos perjudica.

La sociedad no es un principio, es una consecuencia. Se puede aceptar solamente cuando conviene, cuando es útil a la felicidad del individuo. Pero, caramba! nos está resultando inconveniente, fatalista, pesada como plomo para nuestros movimientos; pide siempre más de lo que da, nos lleva la vida por un poco de comodidad discutible y regateada.

La sociedad, es una calamidad, en presente como en futuro; contra ella los hombres que quieren ser hombres, los anarquistas.

Tiene razón Baroja... ¡vaya si la tiene!..

El malestar del obrero

Porfiadamente, todos quieren defender y mejorar la vida del obrero; está de moda ser obrerista, cantar loas, adular a los que trabajan.

Los políticos, piden votos en cambio de leyes protectoras y benéficas para el trabajo; los vividores, idean organizaciones especiales, sencillas combinaciones mutualistas donde el obrero puede obtener un sensible progreso económico; los redentoristas, con alma de caudillos, demuestran que con simples manifestaciones callejeras donde se grite abajo esto y viva lo otro, puede llegarse a la destrucción de todos los malos bichos que gobiernan y explotan al obrero. Pués, no señor. De toda esta gente, no hay esperanza de sinceridad. Unos, quieren la papeleta electoral para escalar la altura del gobierno, vanidad de mandar y recurso de llenarse el bolsillo sin riesgos; otros van directamente a las finanzas, y de tanto que les preocupan, se quedan con las cooperativas y sus frutos en la primera oportunidad; los de más allá, tienen la manía de ser jefecillos, sueñan con acaudillar a la revolución, ser dueños y señores de la voluntad de millares y millares de seres. El proletariado no puede fiar en nadie que no sea de su propia casa, gente de su misma condición, que ganen el pan con su esfuerzo e inteligencia.

No hay vuelta que darle. Los trabajadores ya son mayorcitos de edad y no necesitan de tutores, ni de aduladores de clase alguna. Lo que necesitan es de instrucción, es de luces, es de ciencia objetiva, de esa que no tiene dos colores, anverso y reverso como las medallas y monedas.

El obrero no necesita intérpretes de sus cuitas, no quiere compasión ridícula y mal intencionadas, ni política de circunstancia. Quiere sinceridad; porque es preferible la rudeza y el maltrato a la engañosa política que tiende a minar su potencialidad, a dejarlo en circunstancias de muerte.

SINTÉTICAS

No te rias del que combate lo que tu juzgas como bueno. Nadie tiene el monopolio de la verdad.

* * *

Lo justo, es lo tuyo, lo que es continuación de tí; obra de tu inteligencia, fruto de tu esfuerzo. Lo justo o lo injusto con relación á los demás, de tí a ellos, es cambiante; depende de la altura en que se hallen ellos con relación a tí, o viceversa.

* * *

El primer rebelde, no fué quién pegó el primer trompazo a un semejante; lo fué, en cambio, aquel, que salió en defensa de la primera víctima.

* * *

Diz, que es más fácil voltear una dictadura, que destruir una costumbre y anular una creencia. Lo cierto no es eso precisamente. La creencia en la ley y la costumbre de la obediencia, es la razón de ser de toda dictadura.

* * *

Hay seres bípedos, que se pegan a una costumbre, se hace de una frase, y ya tienen con ella, para toda la vida.

Todo lo que hacen las bestias o lo que hacen los sabios, es para ellos, por ejemplo, «comunismo». Allá ellos con su creencia. Generalmente, ni las bestias ni los sabios, cuando trabajan, se acuerdad de finalidad colectiva.

Se prenden de lleno al esfuerzo: los unos, por instinto, ciegamente, los otros, ponen el alma en su obra, sintiendo placer, orgullo y dicha, todo junto, como una necesidad interior, como energía que se gasta, fecundando...

* * *

Las ideas colectivas, hilan dependencia, atan y reatan, sacrifican a los mejores en beneficio de los otros.

SIEMPRE MINORIA

Por cuanto sepas y puedas, lucha. Lucha por la libertad del hombre, hoy oprimido y explotado; lucha contra la ignorancia que lo domina; lucha contra quienes lo emborrachan de patriotismo y de odio, y llévanlo a campos de actividad criminal: la guerra.

El campo de lucha, anarquistas, es grande. El mal es mucho, abarca el infinito; el mal se mide por el anhelo de lo mejor. Si teneis ese anhelo, si frente a lo que es, os llega la inspiración de algo mejor, y así por siempre, seréis de los nuestros: anarquistas. Lo bueno es malo, comparado con lo que se imagina mejor.

Así, la sociedad actual puede ser buena para los que ponen el punto comparativo, en la Edad Media, pero es mala, muy mala, para quienes pensamos en otra superior.

Aquí teneis, anarquistas, la esencia del ideal: Son anarquistas, los que desean algo mejor de lo que es, los que no se satisfacen nunca con lo que llega a dominios de realidad.

Actividad es renovación; renovación es vivir. Es tan necesaria la renovación para la vida que, aquel que persiste en el menor esfuerzo, quien se estaciona, perece.

Luchar, bien; pero, ¿contra qué?.. No te faltará causa que defender, injusticia que reparar. Hoy y mañana: eternamente. Bah, no te apesadumbres por falta de ocasión. Es cuanto pienses en voz alta, en cuanto manifiestes un anhelo de mejorar, en cuanto te erijas en instrumento de progreso, no faltarán enemigos a tu paso. Es ley, que, donde aparece una acción, no tarda la reacción.

Hoy no te faltan enemigos, anarquista. Gobernantes, capitalistas, sacerdotes, multitudes ignaras, se enfrentan con tu propósito de mejor vida, te insultan, te persiguen, te maltratan.

Ellos desean la quietud, estar donde están, pués son conservadores. ¿Por qué vienes tu a inquietarlos o despiertas sus iras, al peso de su odio?

Inquiétalos, anarquista; sacúdelos, oblígalos a progresar apesar suyo; no les dejes momento de reposo, que ellos también son vida, también son susceptibles de renovarse por la actividad.

Tus ideas mismas, que salten de aquí para allá: más arriba siempre.

Si el anarquismo se detiene en una meta, piérdese en la conservación, acaba por cristalizarse, finaliza en sistema, termina un buen día en ser un partido más que pretendiendo ser la mayoría, nos querrá imponer su ley. No; el anarquismo siempre será minoría en todos los medios, en todos los puntos, en el seno de todos los pueblos. Las avanzadas, siempre son los menos.

TRABAJADORES!

Salud buen obrero, hermano mío, que, como yo trabajas en el taller social por la más alta soberanía de la inteligencia. Salud brazo del progreso, trabajo fecundo, esfuerzo inteligente que renueva el mundo con sus invenciones de maravilla y, con altos ideales de libertad y de justicia. Nuestro, hermanos, es el mañana, nuestro el futuro, si por la educación alcanzamos a escalar los dominios de la inteligencia penetrante, la que vence obstáculos y nos hace optimistas frente a los problemas más árduos, los obstáculos más difíciles.

No importan las voluntades de los déspotas, los caprichos de los reyes, los mandatos de las leyes, el imperio de los códigos, los prejuicios de la masa, los valores reaccionarios de la religión; todo, todo eso lo venceremos, si sabemos persistir en el trabajo, si nos proponemos cumplir en la vida una santa y honrosa obligación. ¡Salud, trabajadores!

El día en que pongamos empeño en ser tan conscientes como hasta hoy lo fuimos de sufridos, caerán los Dioses, desaparecerán los déspotas, y el capitalismo restará, tan solo como un ingrato recuerdo.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XII

EL DECÁLOGO

VI

La ignorancia humana tiene, como la sabiduría, sus órganos de fecundidad. En ciertos momentos de su historia biológica, queda fecundada por una idea que fija el alcance de los desenvolvimientos de una época; pero esa idea, a veces, examinada friamente, no tiene una clara comprobación en la naturaleza y ni el tiempo que sobre ella pasa la valoriza como una verdad. Si alguna vez la ciencia llegara a investigar ese vientre de absurdas incubaciones y al mismo tiempo pudiera sorprender ese momento de fecundidad, acaso solucionara muchos problemas humanos de los más importantes y complejos.

Lo que más sorprende de ese sentido de humanidad o de especie, es que no todas las ideas son aptas para fecundarlo convenientemente, que sólo lo fecunda una idea entre muchas y en un determinado y único momento. Ejemplo: Las ideas religiosas son las que más fácilmente logran este milagro. Las demás, las que demandan un esfuerzo de reflexión y dejan librado al sujeto el mérito de sus consecuencias, éstas interesan a muy pocos hombres que bien pueden clasificarse en el número de los predispuestos a la sabiduría. Las ciencias, la filosofía, etc., tardan mucho en arraigar en el alma de la especie. El filósofo y el hombre científico, son individualidades aisladas que casi no encuentran eco en su tiempo, y en éste repercuten muy poco en la humanidad. El desprecio los hiere hasta acorralarlos y el odio los confina al destierro.

El filósofo lleva siempre consigo, hasta la tumba, la duda de su triunfo y lo mismo el sabio; pero no así el creyente poseído por el fervor de una idea religiosa. El mundo ha pertenecido de continuo a este exaltado, henchido de gloria. Se explican estas predilecciones humanas por las ideas religiosas, mediante la tendencia del hombre hacia la metafísica. Además, las ideas religiosas no demandan esfuerzos de ningún género. El hombre que cree, *activa* bien poco su inteligencia. Desarrollando plenamente el sentido de la fe, cumple o cree cumplir con su sentido de actividad. Pero esta explicación no contiene todo el problema. Es cierto que los movimientos de la ignorancia tienden al menor esfuerzo, y acaso por el menor esfuerzo podríanse explicar sus fecundidades metafísicas. Sin embargo, el menor esfuerzo que desenvuelve, por medio de actividades biológicas, una idea metafísica, es un esfuerzo que aparenta alejarse de la naturaleza, que atenta contra sus leyes, que invierte los términos de un equilibrio. Lo decimos así, en atención a las exhortaciones de la ciencia al querer que el hombre observe las normas de la vida de acuerdo con la naturaleza. La ciencia nos dice, en efecto, que de diez portes de que se componga lo que se denomina un progreso humano, nueve de esas partes son de corrupción y una de progreso puro. En tal concepto, la corrupción es un elemento de actividad, pues que sin actividades o sin movimientos, no es posible dirigirse hacia ninguna meta.

Los tiempos modernos con sus modernas civilizaciones de fuerza y de abarcación, son—dicen los sabios—grandes depósitos de podredumbre Y exponen la lógica de este conocimiento, con pruebas abrumadoras. Esa podredumbre, empero, tiene un origen, una causa, tiene la historia de un desarrollo que la ciencia fija sobre los tres valores o partes respectivas de una ecuación. Ahora bien; la corrupción es una adherencia de los movimientos humanos. Pero, ¿cuál es su causa generatriz? La idea metafísica que fecunda a la ignorancia. La idea metafísica no ha contado nunca con este elemento de muerte, y a pesar de ello, lo ha esparcido por toda la tierra. He aquí, pues, la oposición inconsciente de una tendencia humana, que cabalga sobre un enigma. Para explicarlo convenientemente, es necesario fijar las proporciones de la metafísica, como madre de todas las religiones y como concepción del menor esfuerzo.

El creer en cualquier cosa implica una teoría perfectamente cómoda, por cuanto que si puedo creer dejo a mi conciencia tranquila y a mi inteligencia inactiva. Creer en Dios, es el objeto único de la metafísica religiosa. Dios, según esa idea, está en todas partes y por consiguiente yo estoy en Dios; mi persona le pertenece, como mi actividad y mis movimientos. Dudar de Dios es empezar a trabajar y es iniciar otras actividades desde nuevos planos de la inteligencia. Pero no nos apartemos de la idea del menor esfuerzo. Con los mejores deseos, tal vez, de servir a sus semejantes, un hombre se levanta una mañana de su lecho poseído de una teoría divina y en nombre de Dios habla a los demas hombres. Este tal hombre es Moisés, es Jesucristo, es Mahoma. Moisés habla a su pueblo en nombre de Dios y su pueblo le cree y acepta sus palabras. ¿Por qué? Porque es ignorante. Pero de su ignorancia no podemos deducir una respuesta segura. Otro factor, seguramente, es necesario para ello y ese factor es el momento propicio que tiene la ignorancia para asimilarse una idea, es su momento de fecundidad. Moisés, por ejemplo, triunfa en su pueblo y sobre su pueblo, triunfa doquiera llega su palabra, triunfa a través de muchos siglos. He aquí un *milagro* y al mismo tiempo una paradoja. ¿Cómo con tan escasos recursos o con decir «creed lo que os digo», un hombre es creído? Esto no es posible siempre; es posible, nada más, en ciertos instantes de la historia humana. Y estos instantes son los de fecundidad que tiene la ignorancia.

El hombre cree favorecido por el menor esfuerzo; y cree y acepta o hace al menos por aceptar, todo lo que le han dictado en nombre de Dios. Aquí empieza lo que la ciencia dice «apartarse de la naturaleza». Al cabo de los tiempos, en efecto, se observa una especie de distancia entre la naturaleza y la humanidad. Sin embargo, debe observarse a su vez esa *observación*, para deducir si lo observado es aparente o real. ¿Y quién puede hacer esta deducción? La ciencia. Mas advirtamos que es la ciencia la que observa la distancia de oposición entre la humanidad y la naturaleza y la que exhorta para que sea destruida.

Moisés dictó a su pueblo, como mandamiento, la monogamia y la monogamia fué practicada. Pero, ¿lo fué en efecto? Y si lo fué y lo sigue siendo, ¿cuáles son sus desarrollos ciertos? Este es el problema. «El peor de los errores del mosaismo y el cristianismo—dice Massioti—emana de ahí, (de la monogamia). Mahoma pareció *salvarlo* con su poligamia legal; pero lo empeoró con la poligamia *matrimonial* (máxime cuanto que no evita las conjunciones sexuales imposibles)». La monogamia implica apartarse de la naturaleza. Sin embargo, en contra del mosaismo y del cristianismo, el hombre no ha sido monógamo nunca, el hombre ha sido polígamo siempre. Massioti lo reconoce así, no obstante, y dice «que el hombre es polígamo pre-positivamente por el hijo y que la mujer no es monógama impositivamente (o negativamente en su sentido genital) debido al hijo».

La monogamia, empero, debe su triunfo a la mujer y no al hombre; es decir, la mujer, en una gran mayoría, ha sido y es monógama. El mosaismo y el cristianismo crearon en ella este órgano que el sentido científico combate y vilipendia. El hombre aceptó la monogamia, pero para la mujer y por la mujer y no para sí mismo. Su biología no ha podido encarnar este mandamiento y lo aceptó en teoría y en fe. De aquí puede deducirse una ley biológica con relación a los sexos. El hombre triunfa sobre la mujer, la domeña y la vence, como parte más fuerte. En los órdenes de la vida hay esos predominios de fuerza que moldean a las partes débiles que se desarrollan en sus medios. Es de suponer, pues, que si la mujer estuviera dotada de las mismas predisposiciones de fuerza vital que el hombre, la monogamia no hubiera triunfado. El hombre, con relación a los sexos, impone a la mujer el predominio de sus ideas aceptadas, lo que no está de acuerdo con las teorías de Massioti. Este sabio deduce otras leyes que más adelante estudiaremos. Sus ataques al matrimonio monogámico, los estimamos justos y justa asimismo nos parece la proposición que envuelve su sexto mandamiento. Helo aquí:

«No forniques a la mujer «encinta», es un atentado y un delito contra ella y contra el hijo, violentado y sacrificado en ese instante; porque la mujer encinta no puede acabar... y se esfuerza en vano por conseguirlo».

Ello es exacto. La mujer encinta se halla imposibilitada para el coito y si lo acepta es por su adaptación a la monogamia. Un religioso quizás dijera que aun siendo así, la monogamia ha elevado a principio insuperable en las sociedades civilizadas, el amor entre los hombres. Y bien pensado, acaso el religioso no estuviera desprovisto de razón. El amor al hijo establecido por la monogamia, impone el sacrificio de su sostenimiento hasta que es hombre, sacrificio que no es ni sería tan imperecedero en sociedades polígamas, minadas y corroidas por las grandes miserias. El amor de cuidar al hijo, es un principio indudable y noble del amor al semejante, pues si el hombre no cuidara de su conservación, mucha más cantidad de dolor se almacenaría, sin duda, en los patrimonios de los sufrimientos humanos. En medios propicios, allí donde esa conservación no se halla expuesta a las contingencias dolorosas de las miserias fáciles, ni el hombre ni la mujer son monógamos. Pero en medios en que el sustento cotidiano significa una lucha angustiosa y una suma considerable de sacrificios, el hijo tiene su sostén en el padre y ese sostén se lo debe, en primer término, a la monogamia. El mendigo que vemos cruzar la calle con un hijo en sus brazos, pidiendo, sufriendo y anhelando vivir para que viva su hijo, nos induce al reconocimiento presente y pretérito de esa conservación.

José Torralvo

El primer rebelde

¿Cuándo apareció sobre la superficie del planeta el primer rebelde? ¿Cómo surgió la nota disonante, el primer conflicto del individuo contra el medio y las costumbres, las sólidas creencias, los vínculos de tribu, los intereses colectivos fueron violados?...

Lo cierto es el hecho; ¿qué importa, entonces, el lugar y en qué tiempo?

Bástenos saber, que en cierto día, al hombre le salieron alas y, sintió que algo luminoso como una idea aparecia en su cerebro, algo así como una luz interior que despertaba la conciencia de su poder y le impelia a la impiedad. La tierra y el fuego eran sagrados para la tribu; la ley, la costumbre y la religión, le formaban una sólida muralla protectora. «El gran acontecimiento que conduce al hombre desde el salvajismo a la barbarie—dice Kuhn—fué lo que llamamos profanación del fuego—su robo del cielo como dicen los griegos». Merced a esto, escribe Davidson, le fué posible al hombre realizar tres cosas: «1), cocer sus alimentos; 2), fundir metales y forjar herramientas con ellos; 3), con estas herramientas aborda muchos oficios anteriormente imposibles—extraer y tallar la piedra y construir con ella casas y ciudades; labrar la tierra y consagrarla a la Agricultura»...

El impio, rebelase contra la santidad que hace inviolable lo establecido, y rompiendo el pacto con los dioses, sube con Prometeo hasta el Olimpo y—colmo de la audacia y rebelión—roba el fuego a los inmortales para entregarlo a los demás hombres, apocados y sumisos bajo la odiosa tiranía de los Olímpicos.

El primer rebelde ¿quién fué?...

Nadie lo sabe. Quizás aquel gran reformador del pasado, Zoroastro, pudiera responder. Por lo menos, cuando los venerables arios santificaban la tierra con la exterilidad, supo él, levantarse contra la ley y la costumbre, abrir el surco y sembrarlo en un gesto de bendición, cubriendo los campos de bellas flores y nutritivos frutos...

EL HOMBRE

VENCEDOR

No hay ser màs noble que el productor. Es él quien horada la tierra, el surco y la mina, tiende el puente sobre el abismo, pone alas de tela a un motor de hierro para que el hombre domine los espacios y no halle barreras a su paso en la naturaleza entera.

Ya no es privilegio de las aves el subir serenamente hacia el azul del cielo; ya no es exclusiva propiedad de los peces el surcar las masas de agua de los mares; ya no hay anhelo de imposible realización para el trabajo organizado, para la combinación activa de la inteligencia y el esfuerzo muscular de los hombres.

Podemos ser optimistas. El hombre, ha sabido vencer poco a poco el medio, avanzar paso a paso sobre la dificultad, luchando primeramente con los animales feroces que le disputaban el campo, y con su propia ignorancia, cuando suponia, supersticiosamente, que dentro de cada elemento de la naturaleza, estaba oculto un ser superior que le dominaba, una esencia divina que le hacia sagrada e inatacable. Pasaron las creencias sobre el mundo, pasaron las dominaciones de los augures, magos y sacerdotes. El hombre ha sabido vencer en su cerebro contra ellos; rebelado contra su tiranía rompió las pétreas murallas de ignorancia que impedian que la luz batiese la conciencia, y con ello, ha hecho surgir anhelos múltiples y audacia, mucha audacia para alcanzarlos.

El hombre ha dominado la naturaleza, pero no a si mismo. La ciencia, venció a la creencia, pero no ha traído prendida a su luz la idea de justicia. El hombre lo puede todo contra lo que está fuera de si, domina el espacio que lo circunda, pero todavía no sabe ser él, independiente de la autoridad y la ley de los demás. Toda su experiencia y sabiduría no le ha dado el sentido de justicia para con sus semejantes; es, y quizá por mucho tiempo aún, siervo o señor, subdito o dominador, pueblo obediente o gobernante que dicta la ley.

El hombre, aun no es libre, señor de su voluntad; sin anhelo de domeñar a su albedrío la voluntad de los demás, ni ser a su vez domeñado por más altas gerarquias y potencias.

PERFILES

I

En la República Argentina hay una provincia que, como todas las de este país, fué bautizada por los colonizadores españoles con el nombre de San Juan. En tal provincia se viene publicando una hoja de propaganda revolucionaria desde hace dos años y que ahora, por cierto, figura con el número nueve. Nueve números en dos años, es lo mínimo que puede hacerse para entrar en competencia en algún certamen de economía. Pues bien, en esta hoja de propaganda que acaso por un capricho de publicación denominan revista, mata sus ocios, a lo que parece, un tal Pentimalli, un señor un tanto enfermo de la peor enfermedad de estos tiempos: de bilis. Y escribe bajo un titulo sugestivo que bien podria decirse es genuina encarnación de su enclenque personilla: *Cursilerías.* Escribe, por lo visto, bajo la presión angustiosa de frecuentes accesos de bilis, y por ellos todo lo ve negro o turbio; es decir, todo lo que no sale de su pluma, cortada de exprofeso para escribir cursilerías. Este buen hombre ve muy mal que haya quien se interese por la aparición de «Estudios» y ha como querido convencer a los amigos que tienen este empeño, diciendo que no se explica qué lugar vacío ha podido dejar dicha publicación y mucho menos se explica el interés que despiertan las ideas expuestas pos sus redactores. Con éstos se expide en forma asaz biliosa, y pide perdón de acuerdo con sus extremidades inferiores. ¡Qué talento!

El buen Pentimalli parece como que se hubiera descolgado de los cuernos de la luna, dado que a nadie sino a él se le ocurre lanzar ese graznido desde San Juan y al noveno número de su pobreta revista. Pentimalli no por hallarse enfermo de raquitismo espiritual, es menos enamorado de su prosa, de esa prosa suya que se diluye en una serie de tonterias criticas. con las que pretende convencer y dañar. Convencer a sus congéneres y dañar a los que tienen la costumbre de pasar por encima de tan miserables humanidades. Pentamelli habrá sufrido alguna vez leyendo a *Estudios* y ha querido vengarse por medio de unas cuantas sandeces que además él las ha denomidado cursilerías. Habrá sufrido decimos, porque *Estudios* no ha incurrido jamás en la mentecatez de acaudillar a tontos, ni tan poco ha pretendido nunca halagar miserias de las que tan poseido parece hallarse el buen Pentamelli. Sin embargo, es posible que Pentamelli quiera hacer reconocer su pluma de antiguo uso y haya tratado de torcer el criterio de los que quieren que aparezca *Estudios*, para en su detrimento darle vida a su misérrima *Humanidad* Hay no pocos que como Pentamelli da pena mirarlos, si bien reconocemos que son dignos de otra suerte.

II

Que el mundo sea una hechura suya o una hechura de sus ilusiones, es el gran interés de no pocos hombres. Tales hombres no son dioses, porque no nacieron para brillar en tales alturas; ni son *algo* porque no son *nada*. Pero ellos trabajan, porfiados y tercos, porque en el mundo no predominen más gustos que los suyos, ni otras ideas, ni otras aspiraciones, ni otras tendencias, ni otros propósitos que los suyos. Y es que siendo el mundo una hechura suya, piensan ellos que serian amos, señores, o algo peor o parecido. ¡Qué cómodo sería todo esto! Sin embargo, no es extraño. Todos los incapaces de reaccionar activamente o de situarse en un medio de lógicas y naturales oposiciones, tienen ese deseo misérrimo, un deseo que es un quejido, un quejido que es la exclamación que exhalan las voluntades vencidas. Y el mundo que es insensible a esos deseos de debilidad, los arrolla en su carrera y los deja estropeados en medio del camino, desde donde ellos lanzan sus últimos quejidos de protesta, como si fueran el preludio de sus propios funerales.

III

Un plan a seguir, ni más alto ni más bajo, es considerado, hoy por hoy, como el más grande mérito revolucionario. El plan es el medio y es la revolución. Y de acuerdo con el plan que es un pentagrama sobre el que sólo se puede fijar una nota, se escriben y se publican libros, periódicos, revistas, y se defienden doctrinas. Y no advierten los señores que adoptan una tal aptitud, que el plan los tiene colocados sobre un solo aspecto de la vida, desde el que no se ve más que una faz de las cosas. No advierten esto, y por inadvertencia hablan de su libertad y de la libertad de todo bicho viviente. ¡Que contrasentido! El hombre libre no cae de bruces ante ninguna clase de fetiches venerandos; el hombre libre no tiene un plan a seguir, estrecho y reducido como una prisión; el hombre libre tiene una variabilidad de movimientos, por los que puede ver, sin compromiso ni sanción, todo lo que la vida tiene de variable, de contradictoria y de bella. Pero, ¿son hombres libres esos señores, los señores del plan?

Uno.

EL PROGRAMA

Después de comer bien y rezar sus oraciones usuales al buen Dios para que le perdone sus pecadillos y le abra en el gran día las puertas de la gloria, Don Cualquiera, católico de buena ley, se sentó en su escritorio para componer el memorable programa de la Democracia Cristiana.

¡Democracia Cristiana!.. que título más campanudo para el siglo en que vivimos. Solamente del Espíritu Santo pudo provenirle tan luminosa inspiración.

En la primera línea, trazó con cierto autoritarismo lo siguiente: «La U. D. C. quiere:»

¿Pescar ovejas descarriadas para el rebaño de cristo? No señor. Quiere: 1.o «El reconocimiento y fomento por parte del gobierno (si es católico) de las asociaciones gremiales (amarillas, sosten del régimen presente, defensores de la religión, enemigas de toda idea que perjudique al capital) que reconocen en sus reglamentos los fundamentos de la sociedad (capitalista y cristianísima): la familia (constituida al pie del altar por el sacramento del matrimonio) la propiedad privada (especialmente el derecho que tiene la Iglesia de Cristo para heredar bienes que no son suyos, usufructuar lo que no ha producido, explotar la ignorancia y aterrorizar, en los momentos que preceden a la muerte, a los timoratos, con el fin de que paguen con un buen legado la tarjeta de admisión en el paraíso de los pobres de espíritu, de los cuales, según dijo Jesús, será en propiedad el reino de los cielos...) la autoridad, y la extensión para ellas del derecho de poseer y negociar».

2.o «El derecho para estas (los sindicatos amarillos) de hacer—bajo la inspección del Estado—la aplicación de las leyes sobre el trabajo de acuerdo con las necesidades sociales y técnicas.» (Muchas gracias por la noticia, y a los trabajadores que no quieran reconocer esos fundamentos el derecho de negociar, la propiedad privada y la autoridad, que los pongan fuera de la ley, que los parta un rayo cristianamente, amén).

Psicología del miedo

El miedo es el exponente positivo del estado psicológico del individuo; puédese valorizar la capacidad moral e intelectual de un hombre por el grado de su valor personal. Todo hombre medianamente culto es más señor de si propio que aquel hombre propiamente inculto, y a medida que se agranda la esfera de su sabiduría más robustece la capacidad de su hombría hasta el punto en que sus actos son ejemplaridades maestras, cual antorchas que inundan de luz la esfera circunscripta a su centro de gravitación. De aquí se deduce que la timidez está en relación inversa con el valor moral e intelectual del individuo, deduciéndose que todo individuo miedoso es: creyente y torpe. Y con el miedo forma proporción directa la superstición, que es el exponente del fanatismo, y este último el suplemento de la ignorancia; por eso todo individuo creyente y torpe es al mismo tiempo: miedoso y supersticioso.

La prueba evidente de esto la tenemos en el conjunto de nulidades que constituyen lo que llamamos *policía*. Un vigilante por ejemmplo, (la última de las nulidades, entre los hombres) es miedoso y supersticioso a la vez.

Semejante a un alcoholista que ve en cada sombra un borracho; un sabueso de policía no ve en cada individuo «mal vestido» más que un «atorrante», y por el contrario, ve en un canfliferito a un «señor».

Siguiendo el escalafón policial, se ve muy claro que un oficial, un comisario, etc., conceptúa a un individuo «extraño» (a su manera de mirar a los hombres) como un supuesto criminal. Con frecuencia dicen, cinicamente—esos criminales!—a hombres que piensan libremente, a hombres que no comulgan con su credo anacrónico, a los anarquistas en fin. Estos, como sus agentes, no conceptuan en cada individuo más que el valor de su propia personalidad en la vida social.

Pero, ¿qué es la policía? ¿Cual es su historia, sino el bandidaje y la historia del crimen en perpetua acción? Si un vigilante mata a un hombre lo hacen sargento; si es sargento, lo hacen oficial; si oficial, lo hacen comisario, y así sucesivamente. Cada ascenso policial va timbrado con el sello de un crimen.

Y desgraciadamente, hoy en día, a causa de la lucha titánica que sostienen las dos clases que disputan la vida, las victimas de esos crímenes monstruosos amparados por la «ley», vienen a ser casi siempre, elementos de las filas obreras. El sabueso que mató a Barros, por ejemplo, hoy se pasea por las calles de Firmat con los «galones» de sargento; Vizzi, el asesino de Mena, ahora es comisario general. Y, de esta suerte, el crimen continua ocupando un lugar de destaque en nuestra sociedad. Siendo el crimen y el despotismo la cualidad perseverante en la escuela policial, se comprende porque los «altos» funcionarios y sus secuaces miran a los individuos «desconocidos» con temor y descontianza, pués, como he dicho, todo individuo miedoso es ruin e imbecil.

PEREGRINO JOB.

Chabás (R. Argentina).

EL PECADO

Los primeros hombres, buenos salvajes, suponian, detrás de cada fenómeno que observaban y sentian, unas esencias o potencias ocultas, muy crueles y vengativas. El hombre se hizo supersticioso con el miedo. Frente a la dificultad que no podía vencer, fué el amor propio herido, quien le dió la vida consoladora del fetiche.

El fetiche aportó despues al sacerdote, y con este cayeron una enormidad de males sobre los pueblos primitivos.

Pero el hombre encontró pronto una trampa. Como la necesidad no reconoce ley, aguijoneado por ella violó el fuego y la tierra, y despues compró con regalos costosos, ofrendas y sacrificios, el perdón.

Volvió a pecar, y una y mil veces más, compró astutamente la complacencia divina. Así nacen las religiones. En el principio no hay templos, no hay sacerdotes, no hay dioses únicos; el rio, el árbol, el cielo, el mar, la tierra, la Luna, el Sol, etc, son espiritus que tienen pasiones, intereses como los mortales.

Los templos aparecen, cuando el hombre, viola los pactos, rompe la ley, peca, y atrae sobre su cabeza la cólera de los inmortales. Entonces aparece el representante de la divinidad—el sacerdote o el mago—y establece un pacto, por el cual, los dioses a cambio de ciertos regalos, son sordos y mudos, premian, dan las gracias, en vez de castigar.

Puestas así las cosas, los dioses son ya personas razonables. Si bien no es posible evitar el pecado, se le explota del mejor modo y, todos contentos, timados y timadores.

DESDE CHILE

La propaganda anarquista y el movimiento obrero

(Continuación)

Debo advertir que Chamorro, que tal es el apellido de dicho obrero, es en la tribuna un vibrante orador revolucionario y que en aquellos dias lo vi repartir mucha prensa anarquista; pero también que a los anarquistas no los mira muy bien, pagándole la mayoría de éstos en la misma moneda.

Con estos antecedentes voy a entrar a referir algo de la huelga.

* * *

El ministro del interior Enrique Zañartú dictó un decreto, que debía entrar en vigencia en Abril del año pasado, obligando a la gente de mar a pegar en la libreta de matrícula cada cual su retrato; sólo esto parece que era lo que ordenaba el decreto; más las autoridades marítimas hablaron de exigir—y tal vez lo exigieron a alguno que se apresuró a cumplir con el decreto—que se entregaran dos retratos más en la gobernación marítima, uno que quedaría ahí y otro que iría a dar a la Sección de Investigaciones, y que además se les tomaría a cada uno las impresiones digitales.

La aplicación del decreto produjo una huelga que el ministro solucionó dando un plazo de tres meses para que los obreros estudiaran el decreto y se resolvieran a aceptarlo. Debo hacer notar que en el momento de la huelga se estaba en lo mejor del carguío de vapores con frutos del pais para la exportación.

Visto el plazo dado por el ministro, se pensó en aprovecharlo, y la Unión de Estibadores y Gente de Mar convocó a un Congreso obrero marítimo del litoral chileno, el cual se realizó con representación de casi todos los puertos marítimos de la república, a mediados de Julio.

Los delegados a este congreso, excepto el de Iquique, Caleta Buena y Mejillones, que tenian algunas influencias del sindicalismo, fueron obreros sin noción alguna de lucha social; pero traían sus mandatos y votaron de acuerdo con ellos. A mi me tocó ser uno de los dos representantes de Punta Arenas, pues la sociedad de gente de mar allí existente no pudo mandar delegados y autorizó al secretario de la Unión de Estibadores para que designara a dos personas que la representaran, y éste, sabiéndome más o menos conocedor de las condiciones del trabajador marítimo en aquella región, me propuso esa representación, que acepté, tanto por ayudar como por seguir en sus pormenores el movimiento.

A este congreso asistieron también delegados de algunas sociedades terrestres de Valparaíso y Santiago. La representación de Santiago lo fué por la Unión Federal Chilena, institución que se dice representativa de 17 sociedades, pero que en realidad no tiene casi representación efectiva pues la componen en su mayoria Centros Sociales y políticos de los que existen los sellos. Es dirigida por los socialistas.

El ánimo existente en los gremios de Valparaíso era el de ir a la huelga si el decreto no había sido derogado el día 21 de Julio, fecha en que terminaría la prórroga de tres meses dados por el ministro para que entrara en vigencia el decreto. Pero este ánimo no estaba formado por una comprensión siquiera mediana del golpe moral que significaba la imposición de la fotografía ni de los males materiales que más tarde les traería. El disgusto que les causaba esa imposición era más que todo porque abarcaba a todos los gremios y a todos los habitantes de Chile, desde Presidente abajo.

Algunos obreros que veían más allá que la generalidad y comprendiendo que habría sido imposible que se declarase una huelga por solo la derogación del referido decreto, hicieron pliegos de condiciones que contenían varias, muy necesarias y justas mejoras, las que aceptadas por los gremios de estibadores, lancheros, jornaleros y otros, tenían así preparado el ánimo.

Estos datos son indispensables para poder apreciar y comprender lo más tarde ocurrido.

La celebración del congreso dió por resultado el acuerdo, entre varios otros de aplicación mediata, de declarar la huelga el 23 de Julio (día lunes) si hasta entonces no había sido derogado el decreto en cuestión, exigiendo al gobierno la derogación de éste y a los armadores y embarcadores un buen número de mejoras de importancia y necesarias. Con respecto a los jornales y a algunos puntos que no son comunes a todos los puertos, se dejó a cada localidad en libertad de proceder como lo estimase conveniente.

Antes de la terminación del congreso se produjo un incidente que dió por resultado que se retirase definitivamente el delegado de la sociedad jornaleros de Antofagasta, un político demócrata. Este individuo no hizo más de retirarse y empezar una campaña de difamación, recurriendo a la prensa y a las sociedades mutualistas de gente de mar, cuyos asociados estaban llamados a tener algo que ver con los acuerdos del congreso. Esto hizo que el paro se iniciara rodeado de un ambiente adverso. Algunas de estas sociedades tomaron acuerdos contrarios a la huelga e hicieron publicaciones por la prensa, la cual por su parte arremetió también furiosamente contra la huelga y sus promotores, en especial Chamorro, que era contra quién se dirigían también en especial los ataques de aquéllas.

Antes de declararse la huelga yo me trasladé a San Antonio, puerto menor en la provincia de Santiago. La huelga aquí fué siendo general durante el primer dia y medio. Terminó sin conseguirse más que una sableadura, la más inopinada que se ha visto. Los obreros volvieron al otro día al trabajo en las mismas condiciones de antes. De una sociedad que existía hacía poco tiempo no quedaron más vestigios que el sello en casa de un demócrata, hoy municipal. Esta persona, en cuya casa celebraban sus reuniones los huelguistas, trabajó mucho durante la huelga, trabajo que consistía en especial, en recorrer la pequeña ciudad solicitando ayuda para los obreros y recogiendo lo que le daban—que era víveres—y con lo cual se les hacía el almuerzo y se les repartían raciones.

Así pudo aguantarse la huelga una semana.

Mientras tanto en Valparaiso se hallaban en huelga los mismos gremios que la declararon: Cocheros, estibadores y jornaleros; algunos tripulantes de vapores se habían adherido, pero sin fruto.

Los demás gremios, aunque con dificultad, trabajan siempre. De tierra se habían declarado también en huelga, los gremios de albañiles y estucadores, los que consiguieron, desde Viña del Mar a Concepción, las ocho horas y otras mejoras. Aunque lo prometieron, no estuvieron hasta el final de la huelga marítima.

Por su parte la Federación de Carpinteros y Ramos Similares, acordó el paro, pero no lo realizó pues no tuvo fuerzas para imponerse al gremio, no asociado en su enorme mayoría. Los panaderos, que habían hecho pública declaración de ayudar, eludieron después el compromiso. Un grupo de zapateros trató de hacer algo, pero no tuvo éxito. La Gran Federación Obrera de Chile, cuerpo representativo de los obreros ferroviarios, los más reacios para hacer causa común con los gremios particulares cuando se declaran en huelga y los que más piden solidaridad cuando son ellos los huelguistas, se contentó con hacer llegar una nota al gobierno pidiéndole acceder a la petición de los marítimos. En Viña del Mar, la Unión General de Trabajadores, institución con pocos meses de existencia, se puso al frente de los trabajadores dependientes de la casa Pearson, constructora de las obras portuarias de Valparaíso. Presentaron un pliego de condiciones, de las cuales, a los ocho dias de huelga, algo consiguieron. Desde ese momento ya les fué posible a los que estaban al frente prolongar más el paro. En Santiago se hizo algún mitin para formar opinión y para protestar contra la sableadura de San Antonio; pero no consiguió hacer ambiente en pro de la huelga, la cual existia desde Arica a Talcahuano, quedando la región del Sur, mucho menos importante que la del Norte, en actividad.

En el seno de la huelga, mientras tanto, pasaban las cosas de una manera un tanto extraña. No se hacían más reuniones que en el salón, y para efectuar uno o dos mitines, se recurrió al nombre de la Federación Obrera Regional de Chile. Pasaron quince días sin que hubiese otra manifestación demostrativa, que fuese, de la existencia de la huelga. Los no huelguistas—de tierra—sabían que el paro se prolongaba por lo que decía la prensa falseando siempre los hechos. En la bahía, sino con la actividad corriente, se veía siempre movimiento. Comité de huelga se nombró uno que no funcionó, lo que dió motivo para que se hablara de un comité secreto. No pude averiguar si al ser nombrado se quiso en realidad que funcionase secretamente. Sea así o nó, el caso es que a los quince días de huelga no había comité. En el salón se evitaba entonces—antes de la huelga pasaba lo contrario—hablar de *acción*. Eso es cuestión particular, se decía.

Como a los diez o doce días de paro se produjo una reacción en el seno de las sociedades mutualistas que cobijan a la mayoría de la jente de mar y luego vino el acuerdo de plegarse al movimiento. En estas gestiones se estaba, cuando un grupo de mujeres de los huelguistas decidieron encabezar una manifestación callejera, la que empezó un dia de madrugada hostilizando a los que iban a trabajar. Esto contribuyó al paro completo en la bahía.

Al frente de una parte de los nuevos huelguistas venía el presidente de la Federación de las Sociedades de Gente de Mar y Tierra, un asno en forma de hombre, politiquero y de reconocida malignidad; al frente de la otra parte se presentó un *tinterillo* (que ejerce sin título la profesión de abogado; tipo ladino y embaucador, desvergonzado y falto por lo general de toda moralidad), agente político del partido conservador. Las asambleas más curiosas que he visto han sido algunas que vi presididas por este sujeto. Eran rápidas, concretas, categóricas. Se insinuaba una idea que él desarrollaba terminando: «¿Aprobado?» «Aprobado» contestaban todos.

Juan F. Barrera.

(Continuará)

Se ofrece un profesor racionalista para dirigir una escuela en cualquier punto de las provincias de Santa Fé o de Buenos Aires (República Argentina). Pidan informes a la redacción de EL HOMBRE.

Pro presos de España

Sobrante del último giro.	$ 0.41
José Ramoneda	» 0.34

GIROS Y CORRESPONDENCIA
A NOMBRE DE
ANDREA PAREDES